

# El enigma ideológico del independentismo: no sé quién soy

Carles Castro  
Periodista

El centro no existe, es solo un pretexto para no votar a la izquierda sin identificarse abiertamente con la derecha. La afirmación es seguramente exagerada, pero podría ser cierta en bastantes casos. Y el destino final de los votos que dejó huérfanos la voladura de UCD o la extinción del CDS confirmaría esa sospecha. El nacionalismo, en cambio, sí existe, y puede servir exactamente para lo mismo. Sobre la filiación ideológica del nacionalismo español caben pocas dudas: cuanto más a la derecha se sitúa un elector en el eje ideológico, más intensas suelen ser su identidad exclusivamente española o sus preferencias por un Estado centralizado (y viceversa). Con el nacionalismo catalán, sin embargo, las cosas son más complicadas. Y todavía más después de su metamorfosis independentista.

De hecho, durante la transición, la principal formación del nacionalismo catalán (Convergència Democràtica, hoy convertida en la amalgama PDECat/JuntsxCat y que en 1977 concurrió como el Pacte Democràtic per Catalunya) se presentaba como una alternativa de centro-izquierda a través de "un proyecto social-demócrata para Catalunya" inspirado en el modelo sueco. El programa contemplaba incluso la "cogestión" en las empresas. Y hasta un tercio de sus votantes se situaban a la izquierda de la formación, mientras que más del 50% de ellos apostaba porque CDC se desplazase en esa dirección o incluso se coaligase con los socialistas (las cifras proceden en todos los casos de los sondeos del CIS o del CEO).

Sin embargo, el aforismo "dime por quién votas y te diré lo que realmente eres" se vio confirmado muy pronto en este caso. En las primeras elecciones autonómicas, Jordi Pujol apostó por el voto útil de centro y centroderecha frente a las "aventuras" y la "amenaza social-comunista" y sus electores lo siguieron sin inmutarse tras una campaña tremenda ("la gente tiene miedo") pagada por la patronal catalana (que también financió a UCD y a Esquerra Republicana). De hecho, en 1980 la flamante coalición con los democristianos, CiU, mejoró en más de 200.000 papeletas sus resultados de las anteriores elecciones generales. Y bajo el mascarón del nacionalismo catalanista, la coalición liderada por Pujol duplicó en

1984 el voto absoluto de las primeras autonómicas. ¿De dónde salieron tantos votantes?

La respuesta es que procedieron de ambos flancos del espectro ideológico. Por ejemplo, un 18% del millón y medio largo de electores que apoyaron al PSC en las elecciones del cambio de 1982 votaron a CiU en 1984 (casi 300.000 sufragios). Y lo mismo hicieron algunas decenas de miles de votantes comunistas. Claro que también respaldaron a Pujol uno de cada cuatro electores de AP en las generales y un tercio de quienes habían votado a UCD o al CDS de Adolfo Suárez. La radiografía de ese voto de aluvión desplazaba hacia su lugar natural la ubicación ideológica del espacio nacionalista: una puntuación del 5,3 en el eje izquierda (1) derecha (10), es decir, en la misma posición que los votantes de UCD y algo menos a la derecha que los de AP (6,4). Sin embargo, no era menos significativa la ubicación ideológica del votante de una ERC satelizada por CiU y cuyos seguidores ni siquiera habían votado "por el cambio" en 1982, sino que en aquella cita se habían repartido entre la propia Esquerra y la coalición de Pujol. Pues bien, la autoubicación ideológica de esos votantes se situaba en una nota de

*Al elector independentista (que representa más del 37% del censo electoral catalán) le ciega el eje nacional y el sentimiento identitario, lo que lo convierte en un autómatas electoral en beneficio de los partidos nacionalistas catalanes.*

3,9, casi tres décimas a la izquierda de quienes habían apoyado al PSC en 1982 y en una posición similar a la de los que habían votado socialista en las autonómicas de 1984. La conclusión inevitable de esos datos es que el votante nacionalista catalán no se ubica ideológicamente en relación con el universo político de Catalunya, sino con el de España. Por eso, una parte de ese electorado ha podido votar ocasionalmente al PSC-PSOE y situarse más a la izquierda de lo que realmente le corresponde, ya que identifica el españolismo con el PP (antes AP) y, por lo tanto, con las posiciones ideológicas de derecha. En consecuencia,

HACE 40 AÑOS  
LOS ESPAÑOLES  
EMPEZAMOS  
EL VIAJE  
MÁS BONITO  
JUNTOS.

*Desde Renfe queremos unirnos a todos  
los españoles en la celebración del  
**40 aniversario de la Constitución.***

renfe



GOBIERNO  
DE ESPAÑA

MINISTERIO  
DE FOMENTO

el voto en Catalunya y en las elecciones autonómicas catalanas tiene, para el electorado nacional-catalanista, otra lectura. Una lectura "a ideológica" (que en otro contexto podría resultar casi "apolítica").

*Con el nacionalismo poniendo rumbo a la independencia, muchos electores de ese signo empezaron a preferir el original (ERC) —o incluso la versión más estrambótica del secesionismo: la CUP— que una copia sobrevenida (CiU).*

Ahora bien, sociológicamente, ¿quiénes han sido y siguen siendo esos electores de signo difuso? En 1984, la mitad de ellos se situaba en la clase media o media baja (doce puntos más que el electorado de izquierdas en las autonómicas) y menos del 45% lo hacía en la clase trabajadora (más de doce puntos por debajo que los electores socialistas de las catalanas). Tres décadas después, el carácter mesocrático del nacionalismo catalán se habría acentuado: alrededor del 60% de sus votantes (incluidos los de la CUP, como oferta anticapitalista del independentismo más radical) se consideran miembros de las nuevas clases medias o de las clases media alta y alta. Esa cifra supone más de veinte puntos por encima del porcentaje de electores del PSC o de Cs que se reconocen en ese estatus socioeconómico. Claro que el arrastre identitario también ha afectado a la izquierda sociológica: alrededor del 47% de los votantes del PSC en las últimas autonómicas se identifican como obreros (cualificados o no), pero ese porcentaje es similar en un partido liberal de centroderecha como Ciudadanos (cuyo electorado lo coloca cerca del seis en una escala que va del 0, izquierda, al 10, derecha, y se sitúa a sí mismo casi dos puntos a la derecha de los votantes del PSC).

Durante las últimas tres décadas, el equívoco ideológico del elector nacionalista se pudo mantener gracias al voto dual de un significativo sector de votantes catalanistas que apostaban por el PSC en las municipales o en aquellas generales más polarizadas (como ocurrió en 1996, en el 2004 o en el 2008). Un equívoco que pasaba por alto la mixtura de liberalismo y democracia cristiana que marcaba la política de los Gobiernos de Pujol, así como unas misérrimas cifras de inversión pública que han llevado a Catalunya a ocupar en algunos momentos los últimos puestos de Europa en gasto en educación o en bienestar social, inferiores en términos relativos a la media española y diez puntos por debajo de la europea (al mismo nivel que Grecia o Portugal).

Y pese a ello, el desgaste del centro nacionalista siempre ha sido lento. Hubo que esperar al periodo comprendido entre

1996 y 1999 para que se produjera la primera deserción importante del denominado *pal de pallar*, que cristalizó finalmente en beneficio de la Esquerra independentista a partir del 2003. ¿Giro a la izquierda? Es decir: ¿esos electores se fueron porque Pujol había pactado con la derecha que, además, le prestaba su apoyo en el Parlament y que volvería a hacerlo a partir de 1999 cuando Pasqual Maragall estuvo a punto de reunir una mayoría alternativa a CiU y PP en la Cámara catalana? Para responder a esta pregunta no hay que olvidar que el llamado pacto del Majestic entre populares y nacionalistas, en 1996, incluía la abolición de la "mili" o el traspaso de las competencias de tráfico a los Mossos. No era, por tanto, una mala cosecha para el nacionalismo, pero aun así muchos de sus electores desertaron de CiU. Y lo hicieron porque la coalición había pactado con el exponente más claro del españolismo —o del nacionalismo español—, tan nítidamente expresado por algunos de los seguidores de Aznar a través de frases gloriosas como aquella de "Pujol, enano, habla castellano".

En cualquier caso, más de una quinta parte del electorado de CiU se fue a ERC a partir de 1999. Una transferencia llamativa, ya que se producía desde un espacio electoral que se situaba en el punto 5,2 del eje ideológico hacia otro partido cuyos electores se ubicaban en el punto 3,1 del eje (seis décimas más a la izquierda que los votantes socialistas de las autonómicas). Naturalmente cabe la explicación de que ese segmento de electores mutantes se correspondieran con aquellos votantes de CiU que se venían situando entre los puntos 1 y 4 del eje ideológico (es decir, en la izquierda o el centroizquierda) y que suponían en torno al 20% del cómputo total. Sin embargo, esa hipótesis se ve desmentida por el hecho de que, tras las elecciones autonómicas de 1999 y, sobre todo, del 2003, CiU continuaba registrando el mismo porcentaje de electores que se autoubicaban en ese espacio. Es decir, no fueron ellos los que se marcharon en mayor medida a Esquerra, pues quienes lo hicieron no fue tanto por motivos ideológicos como identitarios. Y, además, ante el dilema que se le planteaba a ERC (gobernar con CiU o con el PSC a través de un tripartito de izquierdas), una mayoría de los votantes de Esquerra se inclinaban por un pacto con Artur Mas, pese a su perfil más liberal y menos socialcristiano que el de Pujol. La inquietante consigna callejera llegó a ser (en catalán, eso sí) "Frente nacional CiU + ERC".

De hecho, en las elecciones catalanas del 2010, que devolvieron el poder autonómico a CiU, sólo la mitad de los anteriores votantes de Esquerra mantuvieron su voto a este partido mientras que el resto se repartieron entre la candidatura de Artur Mas (uno de cada seis) y otras ofertas independentistas más radicales que ERC. Ese comportamiento permite afirmar que CiU y ERC tienen un electorado intercambiable que atiende fundamentalmente al eje

# MONEDAS DE COLECCIÓN

# 50 ANIVERSARIO DE S.M. EL REY

Una Colección para recordar momentos históricos de S.M. Felipe VI



## 8 ESCUDOS

Valor Facial: 400 €  
Metal: Oro 999  
Diámetro: 38 mm  
Peso: 27 g  
Tirada máxima: 1.500 unds

P.V.P. 1.520 €



## COLECCIÓN COMPLETA

P.V.P. 2.149,20 €

## COLECCIÓN DE PLATA

P.V.P. 629,20 €



## CINCUENTÍN

Valor Facial: 50 €  
Metal: Plata 925  
Diámetro: 73 mm  
Peso: 168,75 g  
Tirada máxima: 2.000 unds

P.V.P. 363 €



## 8 REALES

Valor Facial: 10 €  
Metal: Plata 925  
Diámetro: 40 mm  
Peso: 27 g  
Tirada máx.: 6.000 unds

P.V.P. 66,55 €/ud

Anverso en color

Reverso común en color

Puede ver esta Colección en el **Museo Casa de la Moneda**. Calle Doctor Esquerdo, 36 (Madrid) · 91 566 65 42

Precios válidos en el momento de publicación del anuncio que podrán ser modificados en función de las cotizaciones de los metales o de los impuestos aplicables.

**La Tienda del Museo**  
Doctor Esquerdo, 36  
28009 - Madrid  
Tel.: 91 566 65 42  
91 566 67 92  
Fax: 91 566 66 96

**Edifil**  
Borladores, 8  
28013 - Madrid  
Tel.: 91 366 42 71  
Fax: 91 366 48 21

**Lamas Bolaño**  
Gran Vía, 610  
08007 - Barcelona  
Tel.: 93 270 10 44  
Fax: 93 302 18 47

**Estancos**  
Comercios Numismáticos  
y Filatélicos

**Visite el Museo  
de la Real Casa  
de la Moneda**

**Julián Lorente**  
Espoz y Mina, 15  
28012 - Madrid  
Tel.: 91 531 08 41  
Fax: 91 531 10 92

**Monedas de  
Oro y Plata**  
C/Santiago 3, 3°C  
37008 - Salamanca  
Tel.: 92 306 24 58

**Edifil**  
Diputació, 305  
08009 - Barcelona  
Tel.: 93 487 02 00  
Fax: 93 487 03 92

**Tienda on-line**  
[www.fnmf.es/tienda](http://www.fnmf.es/tienda)

 **Real Casa de la Moneda**  
Fábrica Nacional  
de Moneda y Timbre

nacional y que responde más a las pulsiones de ese tipo que a distinciones ideológicas. En realidad, Mas se apoyó en el PP para aprobar sus presupuestos y desarrolló una política de recortes que, vista retrospectivamente, resultó ser la segunda más severa del conjunto de la España autonómica. Naturalmente, la protesta social derivada de esa durísima política de ajuste amenazaba con tener consecuencias electorales y debería explicar el retroceso de CiU en los comicios anticipados que Artur Mas convocó en el 2012, tras el estallido del proceso soberanista. Sin embargo, menos de un año antes –y cuando CiU ya se apoyaba en el PP y había iniciado severos recortes en Sanidad– las elecciones generales del 2011 convirtieron, por primera vez en la historia, a la coalición nacionalista en la formación más votada en ese tipo de comicios. Y la victoria de CiU sobre el PSC se produjo gracias, entre otras cosas, a que el antiguo voto dual apostó ahora por el centroderecha nacionalista (que sumó casi 240.000 votos a su cosecha de las anteriores generales del 2008, mientras que Esquerra perdió únicamente menos de 50.000). La clase media radical democrática que había votado esporádicamente al socialismo se vio de pronto abducida por el *maelstrom* emocional del independentismo y su “nosaltres sols” frente a la España madrastra del PP y su antipática campaña contra el Estatut.

En definitiva, la silenciosa metamorfosis independentista que se cocía tras el fracaso escénico de la reforma estatutaria –y que culminó en la sentencia de junio del 2010– no suponía un corrimiento efectivo hacia la izquierda (ya que, por ejemplo, en los comicios de noviembre del 2011 Iniciativa-UI creció en menos de 100.000 votos con relación al 2008, en contraste con los casi 800.000 que perdieron los socialistas). En realidad, esa metamorfosis respondía sólo a una radicalización nacionalista, que explicaría mucho mejor el retroceso de CiU en los comicios del 2012 y el ascenso de Esquerra, en unas cifras prácticamente simétricas. Simplemente, con el nacionalismo poniendo rumbo a la independencia, muchos electores de ese signo empezaron a preferir el original (ERC) –o incluso la versión más estrambótica del secesionismo: la CUP– que una copia sobrevenida (CiU).

Y una nueva prueba de ese eclecticismo ideológico que ha venido afectando al votante nacional-catalanista se apreciaría en los siguientes comicios autonómicos: las plebiscitarias de septiembre del 2015. En ese escenario, los votantes de Junts pel Sí (la coalición soberanista de CDC y Esquerra) se ubicaban por debajo del 4 en el eje ideológico (y situaban a esa marca electoral en el 4,5), a pesar de que la mayoría de ellos procedían del socio mayor (Convergència), al que ellos mismos colocaban en el punto 6. De hecho, y aunque ese socio mayoritario aportaba dos tercios del capital electoral de JxSí, menos de un tercio de los votantes de la coalición se ubicaban ahora en el espacio comprendido entre el centro (5) y la derecha (10). El resultado era que el electorado de la alianza soberanista se situaba en el eje ideológico en una posición similar a la del PSC. Inverosímil pero cierto.

La imprecisión ideológica del electorado independentista se ha mantenido hasta ahora mismo, de modo que en las autonómicas del 2017 los votantes de una formación de centro derecha liberal, heredera de la CDC de Mas, como Junts per Catalunya (con un programa no muy distinto del de Ciudadanos, salvo en el plano identitario), aparecen en algunos sondeos no sólo a la izquierda de los de Cs, sino incluso de los del PSC. Y aunque ese posicionamiento no es el habitual, últimamente los votantes del independentismo de centro derecha suelen ubicarse siempre en el espacio de centroizquierda (ligeramente por encima del punto 4); una posición que contrasta con la correlación que registra en España y Catalunya una formación de ideología similar, Ciudadanos, cuyos votantes –siempre y en ambos territorios– se sitúan por encima del 5 y muy diferenciados de los del PSOE (que, a su vez, se ubican por debajo del 4, también en Catalunya). Es más, preguntados por su ubicación ideológica, los partidarios de una Catalunya independiente aparecen en el punto 3,2 (escala de 0 a 10), frente al 4,6 de los contrarios a la secesión. Un verdadero ejercicio de autosugestión ideológica.

Pero la prueba final del aparente autismo doctrinal en el que viven los votantes independentistas la ofrece su propia definición política en las encuestas. Así, por recuerdo de voto, el 66% de los electores de ERC, el 63% de los de JxCat y la mitad de los de la CUP coinciden en definirse como “independentistas”. Y la siguiente definición que suscita más coincidencias es la tan ambivalente de “progresistas” (un 22% en los casos de Esquerra y JxCat) o de “anarquistas” en el caso de la CUP (un 20%).

Y si la misma pregunta se realiza a partir de la posición frente a la independencia (a favor o en contra), el resultado no es muy distinto: un 62% de los consultados que se posicionan a favor de la secesión se definen ideológicamente como “independentistas” y solo un 18% como progresistas. Definiciones más convencionales, como “socialista”, “liberal” o democristiano apenas registran menciones significativas.

En consecuencia, puede afirmarse que al elector independentista (que representa, no hay que olvidarlo, más del 37% del censo electoral catalán) le ciega el eje nacional y el sentimiento identitario, lo que lo convierte en un autómatas electoral en beneficio de los partidos nacionalistas catalanes. El independentismo puede parecer poliédrico, pero esa imagen es solo un espejismo que no va más allá de las encuestas y que si se traduce en el apoyo a distintas ofertas nacionalistas –pero solo nacionalistas– es por una simple razón: su diferente grado de radicalidad soberanista. Sin embargo, ideológicamente, esos electores no parecen saber muy bien lo que son. Quizás sean sólo independentistas, como confiesan candorosamente en las encuestas, y lo demás no les importe. Son las asombrosas consecuencias ideológicas, políticas y electorales del nacionalismo. **TEMAS**

ANTONIO  
BANDERAS

EL CORTE INGLÉS, S.A. C/ Hermosilla 112, 28009 Madrid

ANTONIO BANDERAS VISTE: AMERICANA, 209 € Y PANTALÓN, 89,95 €, DE BLACK EMIDIO TUCCI. CAMISA EMIDIO TUCCI, 49,95 €.

T O D O S  
L O S H O M B R E S

INVIERNO  
2018

U N Ú N I C O L U G A R

